

Capítulo VIII

‘Una playa vacía. El viento y las gotas heladas de la lluvia resbalando sobre su piel indiferente. Sus pies estaban enterrados en la arena mojada, mientras el agua se retiraba para volver con más fuerza.

El horizonte se mostraba siniestro y aterrador. De repente, una luz cegadora, precedida por la aparición de una estrella brillante, inundó en el cielo; una luz que hería los ojos al contemplarla.

La espuma del mar le cubrió hasta las rodillas adhiriéndose la ropa al cuerpo. Algo le había rozado la pierna y con sorpresa, al retirarse el agua, fue testigo del horror: miles de seres acuáticos de todos los tamaños y formas yacían muertos sobre la arena, a sus pies y hasta donde le llegaba la vista. Se dio cuenta entonces, de que el agua se estaba retirando mar adentro, dejando al descubierto el fondo marino y que volvería a su lugar con violencia.

La ola crecía cuanto más se acercaba a la costa. Un inexpugnable muro devastador de color azul, casi negro, ocultaba tras él la luz y las nubes, creando la oscuridad. Avanzaba con rapidez.

Intentó gritar, pero su voz no se oía con el rugido del océano. Intentó correr, pero sus pies estaban sepultados en la arena.

Engullida por su gran mole, junto con otros seres ya inertes, se estrelló contra las rocas”

Eariandes despertó empapada en sudor. Cuando se hubo tranquilizado un poco, se levantó a tomar unas hierbas relajantes. Últimamente las pesadillas no la dejaban descansar.

Desde que abandonara los valles de Inerash siglos atrás, no había sido víctima de ellas. En aquel entonces, al igual que en ese mismo momento, esa tierra era azotada por la muerte y el fuego. Se preguntaba si tenía algo que ver. Quizás era por la preocupación por sus progenitores. No los había visto desde el día que se marchó con su maestra.

La tierra de su infancia fue anexionada al reino humano de Dassellnhom por la misma época en la que se marchó del valle. Con el tiempo descubrió, que el humano al que ayudó era el heredero a la corona de ese país; el que firmó el acuerdo de paz de Yern¹.

En él, se mantenía cierta autonomía de las tierras que habían pertenecido a los elfos, pero también aseguraba el asentamiento de comunidades humanas y la utilización de sus puertos en el este. Con el tiempo, la parte oriental del antiguo reino élfico se convirtió en una zona de influencia humana, la cual se rebautizó con el nombre de Varium.

Viéndolo desde un punto de vista retrospectivo, el tratado era bastante benigno. Los vencedores podían haber expulsado de las tierras a los elfos, por ejemplo. La razón de su indulgencia bien podría haber sido por que el heredero, y luego rey de Dassellnhom, fuera auxiliado por una niña elfa; por lo menos le gustaba pensar que ese era el motivo, a pesar de intentar mantener a raya a su ego.

A partir de ese momento, hombres y elfos convivieron pacíficamente en la misma tierra. Incluso se dieron casos de mestizaje. El valle volvió a ser una zona

¹ Ciudad donde se firmó el tratado, al norte del valle de Inerduim.

próspera y fértil al pasar los siglos. Los bosques eran cuidados por su raza, en su mayor parte. Mantenían su masa forestal y controlaban su explotación. También eran buenos artesanos entre otras cosas. Los hombres se dedicaban principalmente a la agricultura intensiva, a la ganadería y al comercio.

Sucesor tras sucesor, siglo tras siglo, habían respetado el pacto hecho en Yern. Hasta que el rey Jeor de Dassellnhom murió a los 81 años de edad antes de declarar quién sería su sucesor. Quizás pensara vivir eternamente.

La guerra de sucesión duró cinco años. En ella se enfrentaron dos bandos: los que apoyaban al duque Bernark, sobrino del rey, el único que tenía sangre de la dinastía real; y el conde Roam, amigo del heredero legítimo fallecido, que gozaba de las simpatías de la mayoría de las familias nobles del país. Entre sus apoyos estaban las familias más importantes del valle Inerash.

El trasfondo de la contienda se sintetizaba en una sencilla idea: el choque entre dos modelos políticos muy dispares. La formación de un poder central y autoritario que mantendría controlada la nobleza, o la defensa del poder de la nobleza a expensas del poder regio.

Tras la victoria, Bernark se dedicó a reducir los focos de resistencia y eliminar la autonomía de las distintas regiones que conforman el reino. El valle Inerash no era una excepción pero sí una particularidad. Hasta sus oídos habían llegado relatos estremecedores que hablaban de genocidio.

- *“Quizás ha llegado la hora de regresar y ver con mis propios ojos las consecuencias de la guerra”* pensó.

Antes de partir hacia el norte, fue al encuentro de Aymriel para que le aconsejara, a pesar de que hacía tiempo que había dejado su tutela.

Su maestra no entendía la razón de su ansiedad. Decía que cada cual forjaba su destino y que cada acción tenía su reacción. Eariandes estaba de acuerdo con ella, sin embargo, no podía desterrar de su mente la preocupación. Sabía que sus progenitores habían perecido, necesitaba regresar y despedirse de sus almas.

El aire estaba cargado de pesar. La tierra manaba dolor debido a las heridas infligidas por el fuego y la espada. En otro tiempo el bosque fértil y alegre, casi mágico, estaba agotado y oscurecido por el sufrimiento.

Las plantas y árboles vibraban de pavor. Movían sus hojas nerviosos comunicándose unos a otros la presencia de una extraña.

-*“Soy Eariandes. Soy una criatura de este bosque. Pido permiso para caminar entre ustedes”* su saludo reverenciaba a uno de los seres más antiguos del lugar; con el que elfos y humanos compartían el mismo hábitat: los árboles.

Cerró los ojos para entender su lenguaje. Vibró con ellos para hacerles entender que era un ser de paz. Cuando obtuvo su permiso y los árboles extendieron sus ramas para saludarle, continuó su viaje. Y mientras caminaba, escuchaba las conversaciones que se extendía por el follaje: las impresiones que se habían impregnado en ellos.

Los animales, asustados, huían velozmente. A ellos también los saludó, pero sin acercarse para no perturbarlos.

Sin embargo, no eran las únicas presencias que había en aquel triste lugar. Los espíritus atrapados de los muertos vagaban buscando su hogar. No entendían por qué estaban sumidos en la soledad. Por qué nadie oía sus gritos de auxilio. La mayoría no notaba su presencia. Estaban sumidos en su propia agonía, llenos de miedos y de culpas. Sólo algunos pocos se acercaban con esperanza al darse cuenta de que ella los podía percibir.

Varios la acompañaron durante un buen trecho del camino mientras conversaban. Eariandes les indicaba la forma de liberarse para trascender a planos más sutiles, y ellos le contaban lo ocurrido.

Transcurridas varias jornadas de viaje, esquivando los asentamientos militares y los soldados del rey, llegó a su antiguo hogar. Nada de lo que vio le tomó por sorpresa. Lo había contemplado en sus visiones con anterioridad y luego, en otros poblados del valle: Los árboles calcinados, las huellas de la lucha, el hedor a muerte, los restos de sangre... y ningún superviviente.

La casa de sus padres estaba arrasada como todas las demás. Dio varias vueltas alrededor de los restos carbonizados. Los ecos de su infancia le hacían recordar. Las escenas se desarrollaban ante sí, convirtiéndose en espectadora de su propia vida. Sonrió. La niña de rizos dorados le devolvió la sonrisa tímidamente mirando a los ojos.

Recordaba exactamente ese momento: De niña, después de salvar a aquel hombre, se vio a sí misma de adulta en aquel lugar preciso. Esa visión le infundió serenidad pues el ciclo se cerraba dando comienzo un nuevo peregrinaje.

Alzó la vista para mirar hacia la casa. Allí estaban sus padres que le saludaban con la mano desde el umbral de la puerta dándole la bienvenida. En sus rostros había felicidad y descanso. Oyó sus voces en su mente.

- *“Sabíamos que regresarías. Por eso te hemos estado esperando. Ahora nos podemos ir en paz”*- se dieron la vuelta para adentrarse de nuevo en la casa.

- ¡Esperad!

Gritó en voz alta. Se giraron y esperaron a que hablara de nuevo.

- Os quiero - su respuesta fue una amplia sonrisa y una corriente de energía cálida fluyendo entre los tres - les ruego que asistáis a mi alma cuando llegue mi hora - asintieron al unísono.

- *“Quedan aún muchas cosas por hacer Eariandes. Los encarnados te necesitan”* le dijeron *“Te esperan en las montañas. Ve aprisa”*

Desaparecieron lentamente tras el umbral de la puerta. Y la visión se fue disipando poco a poco con ellos, emergiendo la cruda realidad.

El camino se fue haciendo más abrupto a medida que se acercaba a las montañas. Aún podía recordar dónde se hallaba el estrecho paso, que utilizaban los duinitas, un pueblo extinto muy antiguo famoso por ser excelentes artesanos, para llegar a las minas de Iner. El iner era un metal valioso y escaso que se utilizaba sobre todo en la fabricación de joyas, herramientas y armas. Los elfos al pasar los siglos terminaron utilizando las minas abandonadas como refugios.

Ascendió lentamente borrando su rastro para no delatar la ubicación de los supervivientes. El viento se hacía mucho más fuerte a medida que subía.

Había comenzado el deshielo que anunciaba que la primavera estaba cercana. En todos los lugares brotaba la vida. Corrían por las laderas de las montañas cursos de agua que desembocaban en el río, incrementando su caudal.

Al alcanzar una altura considerable, fue testigo de los estragos de la guerra: los árboles calcinados eran como una gran mancha y se distribuían a lo largo de todo el valle, aunque ella sólo podía observar una parte de él; tardaría años en recuperarse.

Cuando se ocultó el sol tras el horizonte, divisó los refugios. Para ojos inexpertos las entradas pasarían desapercibidas. Nadie diría que allí vivía alguien pero ella conocía bien las artes de su pueblo. Sus congéneres ya habían descubierto su presencia desde hacía horas. Aunque eran silenciosos, sentía sus miradas; notaba como la observaban recelosos, analizando sus ropas, su equipo y su aspecto para intentar prever si era aliado o enemigo.

Por ello no hacía ningún movimiento que pudiera ser considerado como sospechoso. Por su aspecto podrían pensar que era un batidor del ejército del rey que buscaba la mejor senda para los enemigos. Eso sí, una pésima exploradora que había delatado su posición. Sus ropas de viaje estaban algo sucias, llevaba una bolsa de cuero donde guardaba su equipo en el que no había armas, aunque su bastón y su navaja podrían ser considerados como tal.

La estaban cercando. Eran buenos pero no lo suficiente, así que estaba casi segura que eran personas con poca experiencia en emboscadas o en combate. Claro que los arqueros, si estaban bien situados, no emitían ruido hasta que tenían una flecha clavada en la garganta.

- Soy Eariandes hija de Ikepnell y Nerell; discípula de Aymriel – dijo sin moverse cuando la rodearon y varias puntas de flecha apuntaban a su persona.

- Tira las armas – dijo la voz de una joven. Haciendo caso de la orden, depositó el bastón con cuidado en el suelo, sin movimientos bruscos – la navaja también...

La oscuridad les mantenía en el anonimato pues era una noche sin luna. Aunque distinguía bien sus cuerpos no veía sus rostros hasta que no se aproximasen un poco más. Oyó como se acercaban sigilosamente y como tensaban las cuerdas de los arcos. La chica que había hablado se acercó hasta ella con el arma desenvainada.

Al entrar en su campo de visión pudo observar que era casi una niña, aunque bastante alta. De todas formas no subestimaba los efectos del miedo y el instinto de supervivencia. Se mantuvo firme en su sitio mientras la chica le colocaba el acero en su garganta. Tenía rasguños en la cara y algunas heridas no muy importantes cicatrizándose. En sus ojos había determinación, y a pesar de su edad, sabía que era capaz de degollarla si le daba motivos.

- ¡A qué has venido!

- Alguien me dijo que necesitáis ayuda y he venido...por tus palabras veo que no sabes quien es Aymriel.

Otro chico se abrió paso hasta ellas sin intenciones de atacar. Era un poco más joven que la chica y tampoco tenía mejor aspecto.

- ¿Te manda ella? – dijo esperanzado.

- Me temo que no. Lo hago por propia voluntad – se dirigió a la chica que

aún sostenía la espada cerca de su cuello - ¿podrías bajar la espada? Si quisiera hacerte daño ya te habrías dado cuenta.

Sin embargo, la joven dudaba; creía que era una asesina del rey que ocultaba un arma mortífera entre sus ropas. Lo leía en sus ojos.

- *“No soy una asesina. No voy armada. No te preocupes”* – le transmitió a su mente – No. No soy una bruja, aunque algunos lo piensen – dijo esta vez en voz alta- Y tampoco leo tu mente, sólo siento lo que tú sientes.

- Baja el arma Urnell. ¿No te das cuenta que es una Tainerin? Mira sus tatuajes... - parte de ellos se podía ver en sus muñecas y en la nuca. Solo entonces aquella obstinada muchacha bajó la guardia – ¡Bajad las armas, es aliada! – Dijo a los demás – Soy Raell y ella es Urnell como ya sabes. Ven hay comida. Estarás cansada...

Recogió sus cosas y se dejó conducir hasta una de las minas que estaba a más altura. Los árboles impedían que se viera desde abajo. En el momento en que salieron los demás del abrigo de las rocas y la vegetación, se percató de que ninguno había llegado aún a la edad adulta. Sin embargo, había otra persona que los vigilaba y que no se dio a conocer.

- ¿Ha sobrevivido algún adulto?

- Los únicos que quedan son Anarell y Thaell. Eran más al principio. Muchos murieron a causas de sus heridas. Y Garaell, Narell y Oriell salieron hace días para buscar ayuda. Pero estamos bien organizados. Todos hacemos turnos de guardia excepto los niños; somos pocos para cubrir el perímetro.

- ¿Cuántos son?

- Dos adultos, once jóvenes y cinco niños. La mayoría venimos de arboledas cercanas y a otros los encontramos vagando por el bosque. En cambio a Urnell la encontramos aquí sola.

- Hablas demasiado Raell – dijo la chica cortante – deberías callarte, tu voz se oirá a kilómetros.

- Los humanos no se aventuran con esta luna... ellos no ven como nosotros en la oscuridad.

Cuando se aproximaban a la entrada de la cueva les salió al paso Thaell. La persona que los mantuvo vigilados desde el primer momento.

- Podéis regresar a sus puestos de vigilancia, yo me encargo... - dijo de forma tajante. Los chicos se despidieron rápidamente y siguieron sus órdenes sin mediar palabra – ¿has visto a algún explorador por las inmediaciones? – Eariandes negó con la cabeza - Dentro hay unas esteras que puedes utilizar para descansar y algo de comida si tienes hambre. Te pido que lo hagas en silencio pues los niños duermen... si cuando termine la guardia estás despierta, hablaremos; si no, hasta más tarde.

Antes de que ella pudiera contestarle volvió a su posición. Así que entró en la cueva. Dentro estaban los niños y Anarell durmiendo. Instintivamente la elfa echó mano de su espada, incluso antes de abrir los ojos, y se incorporó de inmediato empuñando su arma. Eariandes tenía levantadas las manos para indicarle que iba desarmada.

Antes de que le preguntase se presentó. Y enseñó sus tatuajes para

identificarse como Tainerin. Entonces dejó nuevamente la espada a su lado y volvió a tumbarse. Ella hizo lo mismo.

Un rasgo de los elfos es que a medida que se iban haciendo adultos, no necesitaban dormir tanta cantidad de horas. Cuatro horas era tiempo suficiente para descansar si era necesario. Lo cual era un aspecto positivo a la hora de repartirse las guardias y las tareas diarias.

Antes del amanecer hubo varios cambios de guardia entre los jóvenes. Los adultos estaban despiertos la mayor parte del tiempo, salvo las horas necesarias de descanso. Por lo que siempre había adultos supervisando la labor de los más jóvenes.

Nada más despertar, Eariandes se sumó a las obligaciones del grupo. Al amanecer ayudó a preparar la comida para el siguiente turno de guardia y de esa manera aprovechar para hablar con Anarell.

- Nos alegra tu llegada aunque no lo pueda parecer...

- Entiendo la situación no se preocupe... es un esfuerzo enorme el que están haciendo.

- La verdad no esperaba ver a una Tainerin por aquí – sonrió un poco – hacia que no veía uno desde mi niñez. Creía que ustedes no se mezclaban en estos asuntos...

No sorprendió a Eariandes que la elfa hiciera mención a un tema muy controvertido y criticado con respecto a sus creencias.

- Si se refiere a que no nos decantamos por un bando por el simple hecho de ser de nuestra raza, sí, está en lo cierto, no nos mezclamos en conflictos raciales - no lo dijo con acritud sino con tranquilidad. Los Tainerin no solo eran elfos, también había otras razas.

Era preferible cambiar de tema. Sabía que si continuaba hablando de ello, iba a ser motivo de disputa y ese no era el momento de batallas dialécticas sino de la acción.

- ¿Qué planes tienen? Se han organizado bien pero no podrán aguantar mucho tiempo de esta forma.

- Lo sabemos... hemos enviado a algunos adultos a buscar supervivientes. Estamos en la disyuntiva entre quedarnos y resistir o marcharnos a Roween y empezar de nuevo. Eso sí, si optamos por luchar, los menores emigrarían a Hasgad en compañía de tres o cuatro adultos.

Eariandes se quedó pensativa al oír a Anarell. La única forma de resistir a las tropas del rey era permanecer en las montañas y atacar a pequeños grupos. Pero tenían muchos factores en contra. Uno de esos factores era numérico, los soldados del rey los superaban en número y siempre podrían pedir refuerzos en caso de necesidad, cosa que a ellos les era imposible. Por no hablar de los recursos limitados de los que disponían. Ante tales consideraciones prefirió guardar silencio y no dar una opinión que nadie le había pedido.

- ¿Te has cruzado con el ejército del rey?

- Sí, tuve que esquivarlos. Han construido varios campamentos – dibujó en la tierra un plano improvisado de la zona y le señaló su ubicación - y realizan partidas regulares de unos diez soldados para controlar el perímetro. No me

arriesgué a acercarme demasiado por si era descubierta.

De repente, se produjo movimiento entre el follaje. Dejaron de atender a sus tareas para averiguar que ocurría. Cuando llegaron a uno de los puestos de guardia uno de los jóvenes les dio la noticia: los exploradores habían regresado. Eariandes observó el brillo de esperanza en los ojos de sus congéneres que se fueron congregando en la entrada del refugio al cobijo de las rocas.

Oteó el valle que se extendía bajo sus pies y las montañas de los alrededores en busca de los recién llegados pero se ocultaban con destreza. Tenía la intuición de que las nuevas que portaban iban a dar un giro drástico a la situación.

Cuando llegaron a las minas les estaban esperando. Habían partido tres y regresaban cinco. Anarell y Thaelell se miraron con resignación. En cambio los jóvenes estaban más esperanzados deseando que narraran su incursión en el valle y saber si había supervivientes. Sin embargo, no podían saltarse todos los turnos de guardia, así que algunos volvieron a sus puestos después de hacerles prometer a sus compañeros que les repetirían palabra por palabra todo lo que allí se dijera. Después de unos breves saludos y presentaciones, los recién llegados se dispusieron a relatar las nuevas de su aventura.

- Hay supervivientes – dijo Luciell respondiendo la pregunta más acuciante – algunos nos refugiamos al oeste en las montañas a unas cuantas jornadas de aquí. Y como ustedes, hemos hecho incursiones en el valle para encontrar supervivientes; otros, están siendo retenidos por el ejército de Bernark en el valle, la mayoría son jóvenes.

- Yo pude escaparme al ser capturada y me enteré de algunas cosas antes de huir. – Continuó hablando Irell – hacen prisioneros aunque los que se resisten son directamente eliminados. Los más pacíficos se les retienen en los campamentos militares que hay en el valle. Están bien organizados y no parece que tengan intenciones de retirarse, por lo menos en un plazo corto de tiempo. Realizan, además, partidas en busca de insurgentes. Nunca había visto un despliegue de efectivos tan abrumador. Sin embargo, aunque la actitud de los soldados es completamente hostil hacia nuestro pueblo, aseguran que se está negociando un nuevo tratado.

- ¿Quién lo está negociando? – dijo con escepticismo Anarell - ¿El rey y sus nobles?

- Lo que me dijeron algunos que llevaban más tiempo que yo cautivos, es que estuvieron haciendo preguntas a los adultos que capturaban, como por ejemplo el rango, si eran letrados o no, o a la arboleda a la que pertenecían. Al principio se negaron a contestar según parece, pero cuando se dedicaron a torturarlos para sacarles la información decidieron mentir. Se llevaron a cinco elfos aduciendo que serían los testigos del nuevo tratado... - observó a los que le escuchaban – Si quisieran matarlos no darían tantas excusas, es lo que pienso.

- Estaban buscando a los miembros de las familias más importantes del valle – dijo Garaell, uno de los elfos exploradores – de lo que no estoy seguro es cual es el verdadero motivo.

- Quieren acabar con los posibles líderes, esa es mi opinión – dijo Narell, su compañero -.

- Seguramente, pero según me dijeron se los llevaron finalmente al azar –

dijo Irell

- ¿Crees que se puede organizar un rescate? – le preguntó Thael

- Con los elfos de que disponemos, no ciertamente – dijo la elfa – no es solamente nuestro problema el número de tropas y las medidas de seguridad, sino también los sacerdotes humanos que los acompañan.

- Los sacerdotes de Ashed nunca han sido un problema – dijo Anarell – suelen hacer tareas de apoyo, nunca ofensivas.

- Sí, pero añade más complejidad. Entre nosotros no hay personas que puedan contrarrestar sus artes – dijo Thael algo contrariado mientras miraba de soslayo a Eariandes.

- No, no creo que estos sean seguidores de la diosa Ashed – continuó hablando la elfa – sus artes son diferentes, parecen sacerdotes de batalla. No he reconocido su símbolo sagrado y llevan extraños tatuajes en el cuerpo.

Los presentes miraron a Eariandes esperando que aportara algún dato o información a la conversación. Vulgarmente a los Tainerin se les consideraba como adivinos, por que a veces podían vislumbrar los futuros posibles. Lo que no era conocimiento del común es que esas visiones no aparecían cuando uno quería sino cuando era el momento adecuado.

- ¿Llevaban túnicas o armaduras? – preguntó Eariandes sin dar importancia a la expectación que generaba su presencia.

- Armaduras – contestó la elfa – pero encima de las cotas de mallas lucían un sayo de color azul marino con un blasón bordado en plata – ella intentó reproducirlo en la tierra. Se trataba de una estrella de doce puntas llameantes con un dodecágono circunscrito en ella y en su centro un círculo – era más o menos de esta forma ¿Te dice algo? – Eariandes negó con la cabeza

- ¿Estás segura de que no son paladines de alguna orden religiosa?

- Si lo son, no es ninguna que haya visto antes.